

— SARAH BLAKE —

LA CASA DE LA ISLA

Veranos de esplendor




ESPASA

SARAH BLAKE

LA CASA DE LA ISLA

Traducción de Albert Fuentes



Título original: *The Guest Book*

© Sarah Blake, 2019

Publicado de acuerdo con Flatiron Books a través International Editors' Co.
Barcelona

© por la traducción, Albert Fuentes, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Canciones del interior

págs. 364, 365: © *So in Love*, 2000, DRG Records, interpretada
por Porter Cole

Citas literarias del interior

Pág. 242: © Edna St. Vincent Millay, *Antología poética* (Barcelona: Lumen,
2020)

Pág. 320: © Charlotte Brontë, *Jane Eyre* (Barcelona: Espasa, 2011)

Primera edición: junio de 2020

ISBN: 978-84-67059588

Depósito legal: B. 6.783-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

El otoño había dado paso al invierno para luego volver sobre sus pasos, no del todo convencido, después de que el frío de noviembre entrara con fuerza y luego decayera como una mujer que nunca acierta con el abrigo, hasta que por fin diciembre hizo su aparición. Entonces, la escarcha sobre los negros senderos que cruzaban el parque fijó su mirada irreflexiva en el cielo, mes tras mes, y el frío no cejó hasta bien entrada lo que debería haber sido la primavera, de forma que incluso en abril, en el Bowery de Nueva York, los braseros seguían ardiendo en las esquinas de las calles, y un hombre que intentase calentarse las manos podía ver cómo prendía la luz de las chimeneas en las altas ventanas e imaginar que ese resplandor viajaba hasta el final de las avenidas, superando cada una de las plazas, hasta llegar a la parte alta de la ciudad y a los cálidos apartamentos de quienes, deteniéndose junto a la puerta para apagar la luz, abandonaban sus aposentos envueltos en lanas y pieles, refunfuñando sobre el frío —«Dios mío, ¿cuándo terminará?»—, hasta que el invierno cesó sin aspavientos una mañana de mayo y la primavera se desencadenó por fin. Por toda la ciudad los niños fueron liberados de sus abrigos de invierno y pudieron salir a buscar el abrazo verdeante de Central Park. «Bueno, ya estamos todos otra vez», pensó Kitty Milton al subirse a un taxi que había de llevarla a la Filarmónica, donde se reuniría con su madre.

Era 1935.

Llevaba un sombrero *cloche* afelpado que se abría en campana por debajo de las orejas y le dejaba los ojos en sombra, haciendo más ostensible la tersa blancura de su mentón, que sobresalía

un poco por encima de su esbelto cuello. El abrigo ondeaba con alegría en torno a sus rodillas y su recta figura quedaba envuelta en un vaporoso vestido de seda verde, apenas un tono más claro que el del abrigo.

El taxi arrancó en dirección a Central Park, y por la ventanilla vio desplegarse la primavera en las copas de los olmos, mientras a lo largo de las aceras las forsitias clamaban la buena nueva con sus flores amarillas. Kitty apoyó la cabeza en el cuero del asiento.

—Ancha es la vida, muchachas —les había anunciado la señorita Scrivener años antes—. Cruzadla con los brazos abiertos.

Y de pie frente a las hileras de colegialas, su maestra, con todo su metro ochenta —una vieja solterona, su prometido había muerto en la Gran Guerra—, les había tendido los brazos.

Y Kitty no había sabido si echarse a reír o a llorar.

En fin, ancha era la vida, pensó Kitty, pues la primavera acababa de empezar y ante sí se abría un mar de posibilidades. Ogdén no tardaría en volver del extranjero; habían empezado la construcción de su casa en Oyster Bay. Ella tenía treinta años. Corría 1935. Neddy tenía cinco años, Moss tenía tres y la pequeña Joan acababa de cumplir su primer año de vida. Se embriagó con la maravillosa matemática de la vida y esa palabra, *vida*, se le subió a las mejillas, ruborizándola, y continuó su camino hasta los ojos, hasta abrir en su rostro una sonrisa mientras el taxi subía por la Quinta Avenida.

Sorprendió al taxista espiándola por el retrovisor y supo que debía volver la cabeza para que él no la viera sonriendo como una boba, pero, en vez de ello, le aguantó la mirada. Él le guiñó el ojo. Ella, tras responderle con una sonrisa, se arrellanó en el asiento, cerrando los ojos mientras el taxi se zambullía en el túnel, de este a oeste, bajo los columpios de Central Park, donde sus hijos estaban jugando con furia reconcentrada contra el final de la mañana, contra la llegada de la hora de comer, trepando por la gran estatua de un dilecto poeta escocés, posados como pequeños gorriones en su gigantesca rodilla, escalando (si tenían suerte, si su cuidadora no los vigilaba) hasta llegar a lo alto de su enorme hombro inclinado.

Pero los niños de los Milton no tuvieron esa suerte; su niñera les dijo que bajaran, al instante.

—Bajad inmediatamente y venid aquí.

Moss, el más pequeño, al que no le gustaba que los mayores le mirasen con esa vigilancia ceñuda y distante que anunciaba todavía más vigilancia, se deslizó de la estatua, demasiado veloz, y aterrizó sobre una de sus rodillas desnudas.

—Au —soltó, antes de arrimar la mejilla a la piel caliente y raspada—. Ay.

Pero su hermano no había prestado atención a la niñera, que aguardaba al pie de la estatua y llevaba a su hermanita Joan a horcajadas sobre sus grandes caderas. Neddy seguía escalando, trepando de camino a la cabeza de la estatua, y... ¿Qué estaba haciendo?

—Edward. —La niñera se acercó enseguida—. ¡Edward! ¡Baja ya! Ahora mismo.

El niño iba a caerse.

Había plantado los pies a uno y otro lado de la gran testa de bronce cuyo pelo revuelto cubría ambas orejas, un pie en cada hombro, y con sumo cuidado, despacio, se estaba impulsando con las manos para ponerse de pie en las alturas.

El niño iba a partirse el cuello.

—Edward —dijo la niñera, muy bajito esta vez.

Los otros niños habían dejado de trepar, quedándose congelados dondequiera que estuviesen en la estatua, mirando a ese niño que había llegado tan alto. Ahora era el único que se movía sobre el bronce.

—Edward.

Despacio, con cuidado, Neddy se enderezó apoyando las manos en la cabeza del poeta, titubeando sólo un instante, recordando enseguida el equilibrio, y se plantó erguido por completo. Firme y altísimo. Compacto, perfecto, de pie sobre los hombros de la estatua, un ser diminuto vestido con pantalones cortos y un cárdigan, que contemplaba desde las alturas un mundo de rostros preocupados y vueltos hacia el cielo.

—Moss —graznó—. Mírame.

Y Moss inclinó la cabeza y su mirada avanzó entre los plie-

gues de la chaqueta de la estatua, las grandes y gruesas manos, se deslizó junto a otro niño que se agarraba a aquel libro abierto; Neddy estaba mucho más arriba, de pie, sonriendo de oreja a oreja y pavoneándose.

Si le hubiera tendido la mano y le hubiera dicho «¡Vamos, vuela!», Moss habría volado. Porque cuando tu hermano te llama, tienes que dar un paso al frente, tomar su mano e ir. ¿Cómo no vas a hacerlo? Siempre era él quien abría el camino, quien daba el primer paso.

Con la cabeza ladeada y la mejilla todavía sobre la rodilla, Moss sonrió hacia las alturas donde se encontraba su hermano.

Neddy asintió y con gesto ligero y ágil volvió a agacharse y se deslizó desde la cúspide de la mole de bronce, descolgándose como un escalador, hasta llegar con un saltito al empedrado del suelo.

—Tu padre —le prometió la niñera— tendrá noticias de esto. Me lo apunto en la lista.

Quitó el freno entonces al cochecito y le dio un empujón al niño en el hombro.

—En la lista, Edward. ¿Me has oído?

Moss deslizó la mano en la de su hermano. Ambos niños caminaban al mismo paso, por delante del cochecito, con sus pequeñas espaldas tiasas como si fueran soldados. Sonreían.

No habría ninguna lista, de esto estaban seguros. En casa sólo estaba madre. Padre estaba en Berlín.

En efecto, justo en ese instante, Ogden Milton abandonaba el ajetreo de la Tiergartenstrasse, abarrotada de autobuses de dos pisos, para adentrarse en su imponente Mercedes negro de carrocería baja en el bosque de aquel parque en pleno centro de la ciudad, enfilando por Bellevue Allee, que se proyectaba en una solemne y tranquila vereda hasta el punto adonde se dirigía. Casi inmediatamente, la ciudad desapareció tras él. Caminó bajo el espeso dosel de tilos en flor que lo envolvieron enseguida en esa fragancia que tantas veces había intentado describirle a Kitty sin lograrlo nunca del todo. Entre los negros árboles que queda-

ban a su izquierda, una de las inmensas praderas extendía todo su verdor hasta las aguas centelleantes de un lago lejano. Y por doquier, ofreciéndose a la luz del sol y el aire, en parejas o en grupos, en bicicletas o a pie, vio a berlineses volviendo los rostros hacia el interminable y hermoso atardecer, como siempre habían hecho desde los tiempos de los káiseres.

Con la relajada elegancia de un hombre cuyo golpe ganador es un revés cruzado desde el fondo de la pista, Milton atravesaba el parque y en sus bien formadas extremidades se traslucía ligero su linaje, esa costumbre de saber en todo momento cómo conducirse que en su familia se había transmitido de generación en generación. Siendo vástago de una de las familias que habían llegado a América justo después de los pioneros del Mayflower («Éramos aristócratas, Ogden, no refugiados», como le había corregido su madre, Harriet, en una ocasión), Ogden había crecido con todas las ventajas concebibles y así se lo habían hecho saber. Había habido un Milton en la primera promoción de la Universidad de Harvard, en 1642, y un Milton en todas las promociones posteriores a las que su familia pudo ofrecer un varón joven. Al amparo de la Biblioteca Widener había un fondo especial dedicado a los Milton.

Con su gesto amable y su voz cordial, típicamente estadounidenses, al verlo uno podría pensar para sus adentros «Ahí va un hombre bueno. Un hombre noble». Tenía un porte apuesto y magnífico. Tenía la posición y la capacidad para que le fuera bien en la vida, para hacer el bien. Y así lo hacía. Creía que uno podía hacer bien las cosas. Se le había educado para no esperar otra cosa. Era la última generación de una dinastía para la que esas verdades eran intocables como un monedero de seda.

El tercero de su estirpe al timón de Milton Higginson, una banca fundada en 1850 que estaba firmemente anclada en el meollo de las fortunas del país y ahora, cada vez más, de las de Alemania, Ogden Milton había tomado las riendas del negocio bastante joven, dirigiéndolo al principio con cautela y luego cada vez con más soltura, aprovechando el viento de popa para adentrarse en las anchas y lucrativas aguas de los años veinte, tomando Europa con esa sonrisa de colegial que nunca le aban-

donaría, ni siquiera en la senectud, una sonrisa contagiosa que parecía querer decir «Es una maravilla. Es fabuloso». Una sonrisa que significaba vida, que significaba suerte, que significaba un mundo, el suyo.

Los Milton tenían una estupenda bodega y una cocinera competente, y era en torno a su mesa donde se reunían los hombres que no tenían una participación visible en Washington, pero quienes entre bambalinas seguían siendo de la máxima utilidad para el presidente. Las familias como la de los Milton siempre habían movido los hilos del país discretamente, sin considerar que esa discreción pudiera ser sospechosa de nada, transmitiendo esa idea a sus hijos ya a tierna edad, en las escuelas, en las iglesias, en las casas a lo largo de los soleados peñascos de la Costa Este donde todas ellas veraneaban, desde Campobello a Kennebunk y Oyster Bay. A fin de cuentas, Franklin Delano Roosevelt era uno de ellos.

Era el segundo viaje de Ogden a Alemania en los últimos nueve meses y estaba persuadido de que los hombres juiciosos, el juego limpio y las compuertas abiertas del capital dirigidas a los arcones precisos servirían para vencer a los locos y los tontos. Por eso había invertido tanto en aquel país. Por eso se encaminaba ahora a esa fiesta que ya veía ante sí, extendida sobre el césped que limitaba con los rosales al final del amplio sendero.

—Tienes que venir —le había dicho Bernhard Walser esa mañana después de que ambos firmaran los papeles y el notario se hubiera marchado, mientras la tinta se secaba entre ellos sobre el escritorio de roble en las enormes dependencias de damasco verde de Aceros Walser, que miraban al río Spree—. Era el sitio favorito de Gertrude en toda la ciudad.

Walser volvió la vista hacia las altas ventanas abiertas como si la hubiera oído, como si su mujer, fallecida hacía años, pudiera llegar en cualquier momento por la acera de la calle.

—Hoy habría cumplido cincuenta y siete años —musitó.

Milton sacó la pipa y la tabaquera, conmovido como de costumbre por aquel hombre entrado en años que tenía enfrente. Aristócrata de Bremen, veterano de la Gran Guerra, presidente de la compañía Aceros Walser, dueño de una de las más selectas

bibliotecas de libros antiguos de Europa, y sin embargo un hombre que había cortejado a su esposa, una célebre belleza inglesa —judía para más señas— recitándole versos de Goethe en un jardín crepuscular del londinense barrio de Mayfair. Walser era un hombre que vestía sus múltiples chaquetas con desenvoltura. Un hombre singular y nada fácil de ubicar, pensó Ogden mientras presionaba el tabaco en la cazoleta. Un hombre al que la ciudad se le había quedado pequeña.

No. Un hombre al que el mundo se le había quedado pequeño. El tipo de hombre que Ogden aspiraba a ser.

Quince años antes, Ogden había salido del señorial recinto de Harvard con los hombres de la promoción de 1920 y había encontrado a su padre apoyado en un Ford T nuevo con una sonrisa en la cara. «Ve a Europa a echar un vistazo —le dijo—. Invierte —le dijo—. Encuentra hombres e ideas que valgan la pena e invierte nuestro dinero.»

Habían fletado el coche negro y durante los meses de verano aquel estadounidense larguirucho había recorrido las carreteras de Inglaterra, para después dirigirse a Francia y finalmente a Alemania, llegando a Berlín en los últimos días dorados de otoño, cuando el embriagador caos de la República de Weimar casi se podía tocar con las manos en las callejuelas, en las plazas empedradas y bajo las lucecitas colgadas entre las ramas entrelazadas de las vides que cubrían a hombres y mujeres reunidos en las cervecerías al aire libre de la ciudad. Del este habían llegado tropes de refugiados después de la guerra y esa nueva vaharada de forasteros, que olían a levadura y sal, a miel y ajo, se extendía por toda la ciudad. Se hablaba por los codos, se desataban las pasiones, pero ni las palabras ni las pasiones servían para llenar los estómagos.

La gente necesitaba trabajos. Y nadie había visto con tanta claridad, o perspicacia, lo que aquello significaba para el país —pensó ahora Ogden Milton, como había pensado en aquel primer viaje— como Bernhard Walser.

Y así, con la conciencia muy tranquila, Walser había incumplido a la chita callando el Tratado de Versalles desde fecha muy temprana y, con la ayuda de inversores como Ogden, había re-

construido Aceros Walser a lo largo de los años veinte, indignado ante lo que consideraba una maniobra francesa y británica para arrinconar a los competidores alemanes so pretexto de un falso pacifismo. La única paz verdadera era la que se lograba al crear empleo. La maquinaria necesaria para forjar una economía fuerte era la misma que requería la paz y daba igual lo que produjera esa maquinaria: grifos, horquillas o, como había empezado a hacer el Walser Gruppe, alas para aviones.

—Tienes que venir —le insistió Walser, volviendo a centrarse en el hombre que tenía enfrente—. Elsa también estará. Y otra gente que quizá conozcas.

Walser se quedó mirándolo un momento.

—Pero a Elsa no la has visto en este viaje, ¿verdad?

—No. —Ogden se puso de pie—. No la he visto.

Walser le pasó por encima del escritorio un grueso sobre de papel manila con el membrete del Walser Gruppe en el que alguien había estampado un sello nazi.

Ogden tomó el sobre y sonrió.

—Entonces, ya está —dijo.

—Ya está —convino Walser.

Elsa Hoffman cerró el portal y se dio la vuelta para echar un vistazo, depositando la llave en la cesta que llevaba al brazo. La calle estaba desierta. Nadie que merodeara, nadie que vigilara. Nadie que pasara por delante de su casa. Echó a andar hacia la derecha, hacia las tiendas de Friedrichstrasse. El ruido de sus tacones la precedía mientras bajaba por Linienstrasse y el largo brazo del sol alcanzaba su hombro sin separarse de él.

—Es el preludio —le susurraba Gerhard hundiendo los labios en su pelo, por la noche, cuando los dos yacían bajo la ventana abierta y la brisa de la noche acariciaba sus cuerpos, y él la rodeaba con la pierna y le colocaba la mano sobre la mejilla—. Son días de *tempo rubato*, de tiempo a destiempo, pero no vemos dónde estaba el *tempo* que nos han robado, no vemos los cambios. —Gerhard cubrió sus cuerpos con la única sábana de la cama—. Wagner sí lo sabía; cuando al oído le robas un tiempo, el

cuerpo ansía el orden perdido y en nuestros pechos late la necesidad de zanjarlo, de darle solución, la necesidad de cerrar el acorde que ha quedado abierto.

—Así —dijo ella, levantando la cabeza de la almohada para darle un beso.

—Así. O también así —dijo él, acercándola hacia sí.

Nadie la seguía. Caminaba a buen paso; a fuerza de costumbre se había convertido en toda una experta en el arte de no llamar la atención. Al principio, el trabajo sólo consistía en llevar las notas de Gerhard a los otros integrantes del grupo. Luego se volvió un poco más complicado, aunque seguía pareciéndole una travesura, como un juego infantil. La primera vez, Franz, el hermano de Gerhard, la había apartado a un lado cuando hacía cola para pedir una copa de champán en la Filarmónica y le había preguntado si le apetecía ir al café frente al hotel Adlon y tomarse un café con él.

Ella le había mirado y, asintiendo, le había preguntado:

—*Und dann?*

—*Und...* —Franz se había inclinado para darle un beso de despedida en la mejilla, al tiempo que le colocaba la mano en la cintura y, luego, la deslizaba en su bolsillo—. Te levantas, pagas y dejas este dinero sobre la mesa —le había susurrado antes de separarse de ella.

Ese día tenía que esperar el S-Bahn en la parada de Friedrichstrasse a las once y comprobar que nadie siguiera a un hombre y a una mujer.

—¿Y quiénes son ese hombre y esa mujer? —había preguntado.

—No lo sabes. No debes saberlo.

Debía esperar al pie de la escalera del metro y seguir a la pareja, que iría de la mano, ella elevando el rostro sonriente hacia el hombre. Como cualquier otra pareja.

—¿Y cómo voy a saber que son ellos?

—Ella tropezará al bajar por la escalera y él la sujetará más fuerte para que no se caiga.

Era un juego.

Elsa fue primero a la carnicería y saludó con un gesto desde

el fondo de la tienda a Herr Plaut. Luego pasó por la verdulería y la panadería. Carne, huevos, patatas, pan.

Por encima de la calle se elevaba la torre de la catedral y las campanadas de los tres cuartos sonaron como hacían cada hora. Como hacían todas las mañanas a esa hora, lo sabía bien, porque salía de casa todas las mañanas, igual que ahora, y caminaba con el cesto colgado del brazo. El miedo, ahí estaba la diferencia. «Esto está pasando. No es ningún juego. Podrías salir malparada. Podrían detenerte y encerrarte. Por levantar sospechas. Por llamar la atención de según quién en el metro.»

«Si alguien te observa, no permitas que vea nada.»

El metro anterior pasó zumbando por las vías elevadas en Friedrichstrasse y las siluetas de los pasajeros que esperaban en el lejano andén se desdibujaron repentinamente y empezaron a moverse como las figuritas de una caja de música.

Se cambió la cesta de brazo.

Carne, huevos, patatas, pan. Y ahora sellos para escribir cartas. El kiosco junto a las escaleras que subían a la parada del S-Bahn.

—*Morgen* —dijo con un gesto a Herr Josten.

A lo lejos, oyó aproximarse el segundo tren.

—*Ja. Sehr schön* —«estupendo», le había respondido al señor Josten, mientras abría el monedero para pagarle.

Las vías vibraron sobre su cabeza.

—*Bitte?*

—Su padre —preguntó Josten—. ¿Cómo se encuentra?

—*Ach ja, danke.* —Sonrió y le dio las monedas.

El metro se detuvo en la estación elevada. Reprimió el deseo de darse la vuelta y mirar y se obligó a recoger los tres sellos que Josten le ofrecía, a meterlos en el monedero, a darle las gracias con una inclinación de cabeza, sonriendo, tal y como hacía todas las mañanas, volviéndose finalmente y echando un vistazo al tren en lo alto con la mirada despreocupada de quien miraría el cielo en un día radiante después de que empezara a encapotarse repentinamente.

Una pareja bajaba de la mano por las escaleras del S-Bahn.

El pícnic dibujaba una bonita estampa sobre el césped, junto al círculo de rosales que rodeaba la estatua de alabastro de una Venus con los pechos desnudos inclinada sobre sus flores. Los uniformes rigurosamente blancos de la Reichswehr destacaban entre los hombres vestidos con trajes oscuros indistinguibles y las dos mujeres con sombreros de verano de ala tan ancha que parecían flotar en el delicioso aire vespertino que los envolvía morosamente a todos. Como si de un lazo en la brisa se tratara, Ogden oyó la risa de Elsa antes de poder distinguirla entre la multitud, con un vestido amarillo del color de los girasoles y el verano, ágil, pequeña y presurosa.

Aminoró el paso. De pronto volvió a verla, tiempo atrás, en el palco del Stadttheater, sentada junto a su padre, hurtándole a Ogden el rostro esa primera noche, con el pelo castaño en un recogido alto. Ogden se había fijado en todo eso y también en los cortinones lapislázuli del palco, el pan de oro mellado de la butaca donde ella apoyaba la curva de su espalda desnuda. Y Ogden, práctico hasta la médula, pero impresionable, y estando en Europa por primera vez, creyó en la verdad del azar afortunado. Tenía veintidós años. Elsa Walser era mayor, y alemana. Todo eso se le pasó por la cabeza en los escasos instantes antes de que Elsa se diera la vuelta y viera a aquel cohibido americano al fondo de su palco.

—*Entschuldigung*— fue todo lo que acertó a decir. «Lo siento.»

Su padre los había presentado, se había sentado en la butaca vacía al lado de ella, y los tres se pusieron a mirar el escenario, donde el primer violín acababa de tomar asiento a la izquierda del director, y el auditorio se sumió en el silencio. Y cuando aquel hombre había acercado el arco a la cuerda, la había rozado y luego había pasado el arco sosteniendo una primera y larga nota, Ogden había comprendido que toda vida tiene un principio que no coincide con el nacimiento, un momento en el que el candado que la encierra se abre de pronto, permitiéndola salir y echar a andar.

Y el recuerdo de Elsa abriéndole la puerta del número 32 de Linienstrasse a la mañana siguiente le embargó como cada vez que la veía después de un tiempo de ausencia. Si hay lugares

que nos retienen, sin dejarnos salir, por supuesto hay también personas que tienen el mismo efecto, pensó, personas que actúan como espejos de nuestros yo es anteriores y olvidados. Ese día, el joven Ogden esperaba ante la escalera que conducía al portal, petrificado, atorado y pasmado, mirando a la mujer que le observaba desde el umbral, sin saber muy bien si debía apartar o no la mirada. En ese instante se imaginó que estaba enamorado de ella.

—*Ach* —se había burlado Elsa—. He aquí el americano. Pero no se mueve.

El Ratón, así la llamaban en el círculo de amigos que Elsa le había presentado, aunque Elsa no era tímida ni retraída, y nada en ella hacía pensar en la timidez de un ratón.

—Estoy... —empezó a decir ella al tiempo que se inclinaba y le daba una palmada en el hombro por encima de una larga mesa repleta de ceniceros y servilletas—. ¿Cuál es la expresión? De incógnito. —Y sonrió.

—¡Milton! —exclamó ahora Elsa, al verlo en la distancia, y siguió hablando con la mujer que tenía al lado sin despegar los ojos de Ogden.

Él la saludó con la mano.

Y al avanzar hacia su mirada, la distancia entre lo que había imaginado y lo que era verdad apareció como siempre hacía cada vez que se encontraban. Al principio, él era un motivo de curiosidad para ella, que se convirtió al cabo de poco tiempo en motivo de grata diversión: un propietario, un viejo de veintidós años, como solía decirle para hacerlo rabiar. Lo había encasillado como un americano de los pies a la cabeza; simpático pero completamente falto de interés. Elsa se había casado con Gerhard Hoffman, el hombre que vio en el escenario la noche que la conoció, el primer violín de la Filarmónica de Berlín, un genio. Y al igual que su padre, se había casado con un judío. Ahora tenían un hijo pequeño. Ogden jamás habría podido ser el hombre que ella necesitaba. Siempre se habría quedado cerca de serlo, a las puertas, pero sin abrirlas del todo. Pero qué puertas eran éstas, y

por qué había que abrirlas, era algo que Ogden seguía sin llegar a comprender y, si era franco consigo mismo, le incordiaba, aunque sólo ligeramente, como un agujero en el calcetín. Ogden sabía que era más hombre de lo que ella veía en él.

—Ha llegado Milton —explicó Elsa en su inglés perfecto, aunque con acento, al verlo llegar—. Fingimos no saber su nombre de pila.

La gruesa erre alemana vibraba bajo sus palabras. Él se inclinó para darle un par de besos en las mejillas y olió las lilas que llevaba en el pelo.

—*Ach, so?* —Una de las mujeres del grupito que rodeaba a Elsa le tendió la mano por debajo de una gran pabela, lista para sonreírle, pero no muy segura de su dominio del inglés.

—Lo cierto es que mis padres me pusieron un nombre de pila —respondió Ogden alegremente—. Son los Walser los que se niegan a pronunciarlo.

—A mi padre le gusta decir que ha tenido a un Milton a su mesa. —Elsa le había dado la espalda—. Es un gran lector de *Paraísos perdidos*.

—Sólo hay un paraíso —la corrigió amablemente Ogden—, con uno basta, creo yo.

Ella volvió a sonreírle, apoyando la mano en el soldado que tenía al lado, tan henchido de orgullo con su uniforme que parecía temeroso de inclinarse por miedo a arrugarlo.

—Soldado Müller —le presentó ella, y el brazo del hombre se alzó como un disparo en el aire con aquel saludo que Ogden todavía no conseguía tomarse en serio, pero que veía por doquier, incluso allí, al aire libre y en una noche de primavera en el parque. Bill Moffat le había contado en la embajada que algunos turistas estadounidenses habían sido apaleados por no responder con el entusiasmo requerido.

—Y el coronel Rutzbahr —continuó Elsa, señalando a otro hombre que se había arrimado al grupo, un hombre simpático, obsequioso y desenvuelto. El estirado y el campechano (Ogden reprimió la sonrisa), una perfecta pareja alemana.

—*Heil Hitler!* —le dijo por todo saludo, antes de volverse hacia Elsa—: ¿Dónde está su marido esta noche?

—Llegará enseguida —respondió Elsa—. Tenía que verse con alguien.

—*Ach*, siempre con compromisos el señor Gerhard Hoffman. —El coronel Rudi Pützgraff apareció junto a Elsa con una botella de champán y varias copas.

Al oír el nombre de su marido en los labios del coronel, se apagó una luz en el rostro de Elsa, como si una mano hubiera cerrado una puerta al final de un pasillo.

—Nuestro tesoro nacional —dijo el coronel mientras ponía una copa de champán en la mano de Ogden— está siempre muy ocupado.

Ogden se la agradeció con una inclinación de cabeza.

—Me alegra mucho verle por aquí, Herr Milton —continuó Pützgraff, colocándose la botella bajo el brazo para sacarse la pitillera del bolsillo—. Tengo entendido que debemos felicitarle.

—¿A mí?

—Dinero americano e industria nazi. —Pützgraff les ofreció la pitillera—. Usted y Herr Walser.

Elsa extrajo un cigarrillo.

—Industria alemana. —Ogden declinó el tabaco moviendo la cabeza.

—Pero son lo mismo —replicó Pützgraff—. *Natürlich*.

Ogden no respondió.

—¿Su marido interpretará a Wagner el veinticuatro? —preguntó Pützgraff a Elsa, acercándose a su cigarrillo con un mechero encendido. Ella inspiró la llama.

—Por supuesto. —Elsa exhaló el humo sin apartar los ojos de él—. Ése es el programa.

Pützgraff se puso firme.

—¿Acaso Wagner no es del agrado de su marido?

Elsa alzó la vista sonriéndole.

—No es eso lo que he dicho, coronel.

Ogden se fijó en ella un momento. La notó tensa, como un centinela en su garita.

—*Prost* —brindó Ogden para atraer la mirada del coronel.

—*Prost!* —Pützgraff inclinó su copa hacia él y se marchó.

La luz dorada prendió en las ramas inferiores de los tilos al

otro lado del parque, suavizando sus contornos. Dos botes de remos surcaron veloces las aguas en calma y oscuras del lago. Anochecía y las estatuas blancas y brillantes refulgían como un pelotón bajo los árboles. Uno de los uniformados y la amiga de Elsa, la mujer del sombrero, se fueron dando un paseo a otra fuente.

Tras sentarse en la colcha del suelo, Elsa dio una palmada a su lado para pedirle a Ogden que se sentara.

—¿Dónde está Willy? —preguntó él, al agacharse.

—En casa. —Su gesto se dulcificó—. Acostado.

—Pobre. Mis hijos no soportan que los acostemos antes de que anochezca.

—Ya, pero aquí las puestas de sol duran muchísimo más.

Era verdad. Incluso a esa hora, cuando ya casi eran las nueve de la noche, sobrevivía en el aire una tenue sensación de final de día. El crepúsculo flotaba sobre la hierba y en los pétalos aplastados de las rosas, pero en el cielo se extendía un azul suave e infinito.

Pützgraß se paseaba por el grupo con la botella de champán en ristre, entrando en las conversaciones un momento antes de desfilar a otra parte. Ogden se percató de que Elsa, sentada a su lado, también observaba a aquel hombre. Un poco más lejos en el sendero, Ogden descubrió al padre de ella enfrascado en una conversación con un economista alemán que se había formado en Wisconsin. A su lado, vio también al director del Reichsbank, que era un viejo amigo de Walser y, en opinión de Ogden, un hombre cabal. Ogden levantó la mano para saludarlos; Walser inclinó la cabeza alzando su copa.

—Has firmado los papeles —dijo Elsa en voz baja—. Es una buena noticia. Será bueno para papá.

Ogden la observó un momento. Ella estaba mirando más allá de donde estaba su padre, hablando con el economista.

—¿Has salido de la ciudad en este viaje? —le preguntó ella.

—No.

Ella asintió y dio una calada.

—Si te das una vuelta en bici, en cualquier dirección que vayas, en casi cada carretera, lo verás, más claro que el agua.

—¿Qué es lo que voy a ver?

—Campos de entrenamiento, aeródromos, camisas pardas en los bosques. Ahora todos somos nazis.

—Elsa...

—No me crees.

—¿Que todos los nazis son iguales? —Ogden negó con la cabeza—. Hay demasiados hombres buenos, demasiados hombres con demasiado que perder como para permitir que esa panda de matones imponga su voluntad.

—Pero ¿quiénes son esos hombres buenos? —Elsa se volvió hacia él—. ¿Cómo los distingues? ¿Cómo vamos a saberlo?

Él le sostuvo la mirada.

—Todo empezó poco a poco, Milton. Se nos vino encima como un río que se va saliendo de madre, centímetro a centímetro. Mentira tras mentira. Mentiras tan insolentes que no podían no tener una razón de ser, debía haber un motivo, quizá incluso parte de verdad. Goebbels no tiene un pelo de tonto...

Hablaba como si le diera lo mismo que él la escuchase, pensando en voz alta al anochecer.

—Igual tienen razón y es verdad que un comunista incendió el Reichstag, aunque no tenga demasiado sentido. Igual tenían motivos para detener a toda la gente que detuvieron esa noche, contando sólo Berlín. Igual sí que había un peligro que nadie podía ver todavía. —Tenía la voz tomada por la emoción—. Pero ahora ha llegado el lento despertar. Esto no es una tormenta de verano. No van a parar. —Elsa le miró—. Pero hay que pararlos.

Era una mujer admirable, pensó Ogden, pero demasiado vehemente. Sacaba conclusiones precipitadas y peligrosas.

—Elsa...

—Han empezado otra fase —dijo ella en voz baja—. Gerhard está convencido de que le van a pedir que renuncie antes de fin de año. Dicen que van a aprobar unas leyes.

—Pero si es el concertino —dijo Ogden torciendo el gesto—. Es uno de los principales atractivos de la orquesta.

Elsa tiró la colilla al césped.

—Ahora mismo hay un montón de puestos de trabajo caídos del cielo. Trabajos que eran de judíos, incluso de judíos

como Gerhard. Miles. Así que es como si hubiera llegado Papá Noel —dijo Elsa, moviendo la cabeza—, más bien Papá Deutschland, con el pavo de Navidad bajo el brazo y con todos los regalos...

»Y nadie le pregunta a Papá Noel de dónde han salido esos regalos, de qué árbol los robó. Porque Papá Noel no se los ha robado a nadie. Sólo a los judíos. Esos trabajos, esas casas, en realidad siempre habían sido de los alemanes. Y lo único que tiene que hacer Papá Noel es afiliarse al partido. Entonces es como si de pronto fuera Navidad, en todas partes. Y santas pascuas.

Él intentó ocultar su impaciencia.

—Los nazis no son más que unos vulgares matones. Esto no puede durar.

—Milton. —Elsa movió la cabeza y le volvió la espalda—. No me estás escuchando.

—Te estoy escuchando con suma atención.

—Nos han... nos han expoliado —dijo ella—. Y a plena luz del día.

Él la miró brevemente con gesto comprensivo.

—*Frau Hoffman! Herr Milton! Meine Freunde!* —los llamó el coronel Pützgraff—. *Ein Foto! Kommen Sie hierher.* Ahí mismo, en la colcha. —Señaló el lugar donde Elsa y Ogden estaban sentados. De buen grado, los demás empezaron a desfilar hacia el lugar indicado mientras Pützgraff se entretenía con la cámara.

—Te necesitamos —le dijo Elsa en voz baja, apresuradamente, arrimándose a su lado.

—¿Quién?

—Gerhard. —Elsa asintió—. Y los demás.

—Elsa... —protestó él—. ¿Qué puedo hacer yo?

—*Ach.* —Le volvió la espalda—. Sigues siendo un hombre con la valentía de un conformista.

Ogden se apartó molesto.

—Más cerca. —Pützgraff frunció el ceño con gesto divertido—. Mucho más cerca.

Ogden dobló las piernas y se abrazó las rodillas.

—No seas condescendiente conmigo, Elsa. —Miró entonces a la cámara de Pützgraff—. No es propio de ti.

—*Eins, zwei...* —contó el coronel.

—¿Propio de mí? —Elsa soltó una sonora y triste carcajada en el mismo instante en que se disparaba el flash.

—*Sehr gut!* —Pützgraff alzó el puño con gesto de satisfacción.

Kitty había salido de Central Park a la altura de la calle 72 y caminaba a buen paso hacia el este, en dirección al río. Había sido una tarde preciosa. La Filarmónica había interpretado el concierto para violín de Mendelssohn, y Kitty y su madre se habían encontrado por casualidad con la señora de William Phipps, y luego, de sopetón, con el matrimonio Wilmerding. Kitty había decidido meter a su madre en un taxi y volver a casa andando. Esperó en la esquina a que el semáforo se pusiera en verde.

En la otra acera, protegido por una marquesina verde y unas barandillas de metal pulido, vio el portal de One Sutton Place, uno de los muchos bloques graníticos y banales del Upper East Side cuya sola dirección postal cumplía toda la función encomendada, habida cuenta de que su austera fachada no transmitía en modo alguno la riqueza que se ocultaba en su interior. Era aquél un detalle completamente intencionado. Cuando se puso la primera piedra del edificio en 1887, el sentir general entre sus primeros inquilinos (cuyos apartamentos tenían en todos los casos unas vistas esquineras imponentes sobre el East River) era que las rotundas y muy ostentosas mansiones de advenedizos como los Frick y los Rockefeller en Madison Avenue y la Quinta Avenida ya no eran de recibo.

Y por supuesto eso era precisamente lo que se había evitado en este caso, pensó Kitty, mientras contemplaba feliz aquel viejo edificio, tan imperturbable como un abrazo protector. Feliz ante aquella vista. Feliz por todo. Por la luz. Por el día. Elevó la mirada y contó las trece plantas hasta llegar a las ventanas de su apartamento.

Incluso entonces —siete años después de que, el día que llegaron a casa del viaje de bodas, Ogden se inclinara sin mediar palabra para cogerla en brazos y la llevara, con el vestido del viaje completamente arrugado, desde la doble puerta metálica

de la entrada hasta el ascensor, donde la apoyó contra la pared forrada de raso mientras esperaba a que se abriera la puerta, besándola—, incluso después de tanto tiempo tenía a veces la fugaz y aguda sensación, al llegar por la acera al lugar donde vivían, de estar jugando en casa. Había transitado alegremente por el camino que le habían pautado para la vida, a paso ligero sobre las baldosas; ahí iba Kitty Milton, con los brazos cargados de flores, rumbo al vestíbulo, y también a la hora de comer, y también después, junto a su marido, con el brazo ceñido a su codo, sus tres hijos nacidos cada dos años en perfecta y sana sucesión, prueba palmaria, si alguien estaba controlando que cumpliera con lo esperado (y estaba segura de que así era, pues había crecido bajo la atenta mirada de un sinfín de viudas y cotillas apoltronadas en butacas de rígido respaldo en salones y jardines entre las calles 12 y 28 Este), de que Kitty Houghton en efecto estaba a la altura de las expectativas.

Cuando se comprometió a amar, honrar y obedecer, nunca habría imaginado lo fácil que se lo iba a poner Ogden. O cuánto iba a desear ella hacerlo. Cuánto quería lo que él quería. Kitty se movía por el mundo con una prudencia innata. El anhelo de expresarse, de abrirse, de echar a andar de pronto, brillaba por su ausencia en ella. Serena, tranquila, observadora, sabía que eran precisamente esas cualidades suyas las que habían atraído a Ogden. Y sin embargo, cuando él se le había acercado en su noche de bodas y le había pasado la mano por el brazo desnudo, su cuerpo se había despertado al sentir el contacto de su marido como si otra mujer hubiera aguardado aquel momento replegada en su seno. Kitty se estremeció al recordarlo.

Y al pensar en sus niños, bañándose arriba, al pensar en el mueble bar repleto de licores por si algún conocido se dejaba caer en casa, en la larga mesa dispuesta con un solo cubierto para la cena, en la cama recién hecha al caer la tarde y en las cortinas corridas, sintió una sacudida de alegría. Las habitaciones de su casa estaban llenas. Su vida no era ningún juego.

El semáforo se puso en verde y bajó a la calzada, hacia dos niñas pequeñas que caminaban a su encuentro con almidonados vestidos, mirando al frente, agarradas a cada lado de un cocheci-

to donde dormía un recién nacido. «Arriba», suspiró la niñera, levantando las ruedas delanteras para subir a la acera. Mudas, las dos niñas subieron también a la acera, agarrándose todavía al cochecito como pequeñas esquiadoras a un telesquí.

—¿Tenemos que ir al parque? —preguntaba la mayor cuando se cruzó con Kitty.

—Sí, señorita Lowenstein.

«Judías —pensó Kitty al enfilar hacia la marquesina verde oscuro que daba sombra a la reluciente puerta metálica, y enderezó la espalda sin darse cuenta—. Niñas judías. Y aquí, para colmo, en el Upper East Side.»

—Hola, Johnny —dijo al portero con una sonrisa e inclinando la cabeza.

—Señora Milton —asintió él, abriéndole la puerta, con el osito de peluche de Neddy en los brazos.

—Santo Dios, ¿otra vez? —Kitty sonrió, cogiendo el maltrecho osito de las manos del portero—. Es un juego, ¿no se da cuenta? —le dijo—. Así sólo consigue animarlos.

—Es una forma de mantenerme ocupado. —Johnny no sabía adónde mirar—. Y así no me meto en problemas.

—¿De verdad? —Kitty levantó una ceja a guisa de agradecimiento. Aunque fueran de uniforme, de cualquier uniforme, los hombres siempre procuraban ser serviciales con ella.

«Pero tengo que hablar con Neddy de todos modos», se prometió mientras desfilaba por el suelo ajedrezado hacia las puertas del ascensor. El niño no podía abusar del buen talante de Johnny. El portero tenía un trabajo que hacer, y no incluía tener que recuperar el osito de peluche que Neddy tiraba desde la ventana abierta, trece pisos más arriba, para ver si Oso sabía volar.

Kitty sonrió. Neddy, el culo de mal asiento, Neddy, cuya mano siempre tenía que agarrar fuerte; aquel hijo suyo tenía la mala costumbre de salir a explorar el mundo. Nadie la había preparado para tener que lidiar con niños y sus impulsivas andanzas, echando a correr en una u otra dirección, como animales que persiguen un rastro, yendo de cabeza a donde los lleve el olfato, buscándose problemas. Hurones pequeñitos.

Esperó a que la maquinaria del ascensor descendiera traque-

teando hasta la planta baja y diera un pequeño salto antes de que le abrieran la reja y las puertas correderas.

—Hola, Frank —dijo Kitty al ascensorista al entrar.

—Señora Milton. —Frank le echó un vistazo y volvió a cerrar la reja.

Subieron en silencio los trece pisos, ambos con la mirada clavada en el panel luminoso que iba marcando los números de cada planta. Cuando llegaron a la suya, Frank giró la manivela para frenar el ascensor hasta detenerlo justo en el borde del umbral. Volvió a abrir la reja y esperó.

—Gracias —dijo ella, viéndose de pronto reflejada en el espejo colgado en el centro del diminuto vestíbulo frente al ascensor. Tenía las mejillas ruborizadas y el placer de la tarde todavía brillaba en sus ojos.

La luz de la biblioteca estaba encendida. A la derecha, el resplandor del sol al caer la tarde iluminaba una franja del salón, desde cuyas ventanas Kitty pudo divisar el radiante verde de la primavera ondeando en las copas de los árboles. Se quitó el abrigo y buscó una percha en el armario de cedro, enfilando los hombros de madera en la tela antes de colgarlo en la barra, justo al lado del abrigo de Ogden. Señor y Señora Milton. Sonrió al ver la pareja de tela y, tras acariciar la manga del abrigo de Ogden, hundió la cara en su cuello, dominada por ese indómito e incontenible amor por el abrigo de su marido, por el suyo propio, por el vestíbulo y... «Ay, qué ridícula soy.» Sonrió. Qué tontería. Pero la sensación de alegría que había empezado esa tarde en el taxi y que se había dilatado durante todo el concierto, hasta llegar al parque, la pura abundancia de luz en su corazón mientras caminaba de vuelta a casa, abría las ventanas, «oh, quería escapar de su propio cuerpo», pensó, y al momento se obligó a salir del armario y cerrarlo sobre sus abrigos juntos.

«Ogden —pensó—, vuelve a casa.»

Esa primera tarde en que su primo Dunc Houghton había llevado a Og, recién llegado de Alemania, a una de las interminables veladas que celebraba su abuela..., ella, Kitty Houghton, de pie junto a su hermana Evelyn en la biblioteca, justo al lado de la puerta, perfumada y aburrida pero lista para hacer una vez más

el papel de jovencita en otra de aquellas veladas musicales, de pronto había sentido que dejaba de ser quien siempre había sido.

Se había convertido en una persona completamente distinta. En la biblioteca, junto a Evelyn, había oído el alboroto que llegaba del recibidor, donde al abrirse la puerta de la calle retumbaron unas risas masculinas sobre el amarillo diván de seda y las dos sillas Reina Ana —«Hola, Barker, hola, caballeros, ¿me permiten sus sombreros?»—, irrumpiendo con estrépito en el salón, donde los invitados de la abuela se afanaban en encontrar asiento.

«¡Ve a ver qué ocurre!», le había ordenado con su solo gesto, sin despegar los labios, su abuela. Y Kitty había traspuesto el umbral, apareciendo en el vestíbulo justo cuando su primo Dunc cacareaba «Mira, Ogden. De esto te estaba hablado...».

Dunc señalaba el retrato de su abuela que había pintado John Singer Sargent, colgado sobre la entrada de la biblioteca («demasiado arriba», había refunfuñado el enclenque conservador del museo una tarde que se había pasado a examinarlo), justo a las espaldas de Kitty, pero el hombre que acompañaba a su primo no estaba mirando el cuadro.

—Ya veo —dijo.

Ella se ruborizó.

—Ah, claro. —Dunc se volvió hacia su amigo y dio unas palmadas de admiración—. Sí, mi prima Kitty. Una flor de una época totalmente distinta.

El joven había cruzado la alfombra que los separaba y había tomado su mano.

—Soy Ogden —le dijo.

Uno de los Milton de Pierpont Place, un soltero muy codiciado, aunque era un poco mayor que ella y muy viajado, y además circulaban rumores de que había una mujer en su vida. Pero el hombre que veía ante sí tenía los ojos azules y una cara alargada que terminaba en una franca sonrisa que parecía dirigida a ella, mientras le sostenía la mano, una sonrisa que brillaba sólo para ella. Tenía experiencia. Muy bien. No se había asustado en lo más mínimo. Kitty no era como su madre. La vida de un hombre podía tener mil y un recovecos, corría como el agua allí donde se

la vertía. Lo pasado, pasado estaba. Ogden había llegado a ella con los brazos abiertos y el corazón lleno, y habían empezado.

Durante toda su vida, Kitty había avanzado por un estrecho camino, sujetándose ligeramente de la cuerda tendida entre los hitos sucesivos en la vida de una mujer. De niña, se le había inculcado que no se debía hablar hasta que te dirigieran la palabra y que, al hablar, no se podía mencionar nada que pudiera provocar o preocupar. A la pata de la mesa había que llamarla «extremidad». A la pechuga de pollo, «carne blanca». Los buenos modales eran los cimientos sobre los que descansaba la civilización. Podías saber exactamente con quién te sentabas en una sala basándote únicamente en su forma de conducirse. Tenedores y cuchillos se colocaban a las cuatro y veinte sobre el plato cuando terminabas de comer. Había que caminar con la espalda recta y no gesticular al hablar para que no te tomaran por una italiana o una judía. De las mujeres se esperaba que supieran cuidar de sus hijos, de sus jardines y de las conversaciones. Una mujer debía saber controlar la temperatura de la sala, añadiendo un poco de calor con una pregunta oportuna o enfriando los ánimos ofreciendo otro brindis, un bol de frutos secos y una sonrisa.

Lo que Kitty había aprendido en la escuela de la señorita Porter —transmitido por la mismísima Sarah Porter a las solteras que allí enseñaban, ellas mismas hermanas de esos caballeros que habían estudiado en Yale y difundían esas grandes palabras: *Verdad, Justicia, Honor*— era que tus hermanos, tu marido y tus hijos llevarían el timón y tu cuidarías de ellos. «Observarás y sugerirás, guiarás y protegerás. Mantendrás viva la llama, y todo será para bien.»

Ahí estaba el mundo. Y de buen grado podías echarle un vistazo. Aprendías su historia; comprendías las causas de sus guerras. Debatías y, paulatinamente, iba surgiendo una imagen de la humanidad a lo largo de los siglos; entendías la diferencia entre lo bueno y lo correcto. Comprendías que a los hombres se los podía llevar por el mal camino pese a que tuvieran buenas intenciones. Libertinaje. Pobreza de espíritu. Ahí residía la explicación de gran parte de las lamentables calamidades que asolaban el mundo, esclavitud incluida. Ése

era el motivo. Los hombres, tomados de uno en uno, no tenían la culpa. Era preciso enseñarles. Guiarlos. Darles ejemplo extremando la pulcritud en el comportamiento. La injusticia, los abusos, podían corregirse. Discretamente. Con paciencia. Sin armar escándalo.

Había que dejar los escándalos a la gente de baja ralea.

Si te preocupabas, si tenías miedo, si dudabas, tenías que guardártelo. Si buscabas el bien, lo encontrabas. La mujer lo encontraba, la mujer lo señalaba, y el hombre se lo guardaba en el bolsillo, reconfortado. Ésas eran las reglas.

Kitty oyó a sus hijos en el cuarto de baño y la regañina constante de la niñera, como un tambor bajo el parloteo infantil. No iba a molestarlos, pensó. Mejor dejarlos tranquilos.

Pero un chillido y la risa exultante de Neddy la hicieron volver sobre sus pasos y giró el pomo de la puerta del cuarto de baño.

—¡Mami! —gritó Moss.

Dos cabezas mojadadas se volvieron hacia Kitty, que se había quedado en el umbral.

—¡Tienes a Oso! —cacareó Neddy.

—Sí. —Kitty reprimió una sonrisa—. Pero tenemos que hablar...

—Por supuesto que sí. —La niñera se volvió sobre el taburete con muy mala cara—. Les he dicho a los niños que iba a informar de su comportamiento de hoy.

Detrás de ella, Neddy sonrió y se tapó la nariz antes de sumergirse en el agua. Moss la miraba sin pestañear.

—Muy bien —dijo Kitty, sabiendo que debía mostrarse severa, sabiendo que se esperaba de ella que hablase. Pero ahí estaban sus dos niños en la bañera, con el pelo empapado y las caras relucientes. Neddy salió del agua con un cochecito amarillo en la mano del que no se separaba nunca.

—Plaf —dijo el niño, haciéndolo correr por el borde la bañera. Era tan dulce, tan tierno...

—Hablares después del baño —le prometió a la niñera—. Envíalos a mi habitación cuando estén secos. —Y apartó la mirada del cuarto lleno de vaho para que no la vieran sonreír.

«Ay —volvió a pensar, caminando apresuradamente por el pasillo—. Aquí está. Otra vez.» La vida.

La ancha cama con el cobertor blanco pulcramente remetido bajo las dos almohadas parecía todavía más ancha bajo la luz del sol poniente. El atardecer resplandecía en las ventanas cerradas. Kitty colocó el osito en el asiento que había junto a una de las ventanas y levantó hasta arriba del todo una de las hojas de cristal. Quería dentro de su casa todo el aire, toda la ciudad, el ruido del tráfico y el repicar de los tacones de una mujer caminando en la acera. El olor recalentado de la calle ascendió hasta Kitty, acompañado del profundo atardecer de la primavera.

Girando sobre sus talones, liberó sus muñecas de la pulsera de dijes y el reloj de oro y, tras quitarse los zapatos planos, se dirigió al cuarto de baño, sintiendo el frescor de las baldosas verdes a través de las medias. Abrió los grifos de porcelana y salió un fuerte borbotón de agua fría, y Kitty, asombrada, apartó las manos y descubrió la mueca de su rostro en el espejo. La mujer que la miraba desde el azogue alisó el gesto. Empezó a observarse. Tenía las facciones de los Houghton, la nariz de los Houghton, los pómulos salientes sobre una boca sinuosa que ahora les devolvía la sonrisa al espejo y a todas las generaciones que la habían precedido.

—Nacida Houghton, casada con un Milton —se había jactado su padre, agradecido, al tiempo que alzaba la copa en su boda—. ¡Kitty ha cambiado un «ton» por otro! —Entonces, soltando una risita ahogada a la mesa que los rodeaba, remató—: ¡Y ha demostrado tener el buen juicio de permanecer en la misma categoría de peso! —Y los largos brazos desnudos de las damas de honor alzando lánguidamente las copas de champán en el brindis le habían hecho pensar a Kitty en unos cisnes en el crepúsculo, nadando sin esfuerzo, hermosamente curvilíneos y silenciosos.

—Éstos van a ser los mejores años de tu vida. —La señora Phipps se había inclinado sobre el mantel blanco, poniendo una mano sobre la de Kitty para reclamar su atención—. No lo sabes, pero es la verdad.

Kitty se había ruborizado, e inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento a la amiga de su madre, sabedora de que debía

agradecerle el comentario, sabedora de que se lo había dicho con la mejor de las intenciones. Pero las viejas eran ladronas. Querían arrebatarte el descubrimiento de lo desconocido, ponerte en tu sitio y robarte el tiempo que habían perdido para guardarlo en sus cestos. Incluso aquel día, en su noche de bodas.

Pues no, se había prometido a sí misma esa noche, esa mujer no se saldría con la suya. Por más sabia que se hiciera con los años, se prometió, al tiempo que curvaba los labios en una sonrisa para la señora Phipps, jamás le diría a una muchacha como ella que «al final de toda pradera hay una verja».

Hundió las manos y después la cara en la gruesa toalla y luego, al bajarla, vio en el espejo que Neddy y Moss, recién bañados, con las pantuflas y el albornoz, el pelo peinado, habían entrado en la habitación que tenía a sus espaldas, sin hacer ruido, donde habían encontrado a Oso y se habían encaramado al banco bajo la ventana.

El corazón le dio un vuelco.

La hoja de la ventana estaba abierta por encima de sus cabezas. No había nada que se interpusiera entre ellos y el aire.

—Bajad, niños —dijo Kitty al espejo.

No la oyeron. Moss estaba de rodillas, apoyado en el alféizar. Neddy estaba de pie detrás de él, asomándose, asomándose demasiado, a punto de lanzar a Oso por encima del alféizar.

Kitty se volvió de golpe y corrió a buscar a su hijo.

—¡Neddy!

Sobresaltado, el niño se dio la vuelta. Y Kitty vio que no iba a llegar a tiempo. No habría nada que pudiera salvarlo.

Y entonces, simplemente, cayó.